

## CAPITULO II.

Cuenta Periquillo varios acaecimientos que tuvo en Tula, y lo que hubo de sufrir al señor cura.

**C**RECIA mi fama de dia en dia con estas dos estupendas curaciones, grangeándome buen concepto hasta con los que no se tenían por vulgares. Tiempo me faltaba para ordenar medicamentos en mi casa, y ya era cosa que me chiqueaba mucho para salir á hacer una visita fuera del pueblo, y eso cuando me la pagaban bien.

Aumentó mis créditos un boticoncillo y una herramienta de barbero que envié á comprar á México, que junta con un exterior mas decente, que tenia algo de lujo, pues tomé casa aparte y recibí una cocinera y otro criado, me hacia aparecer un hombre muy circunspecto y estudioso.

Al mismo tiempo yo visitaba pocas casas, y en ninguna me estrechaba demasiado, pues habia oido decir á mi maestro el Dr.

Purgante, que al médico no le estaba muy bien ser muy comadreo, porque en son de la amistad querian que curara de valde.

Con esta y otras reglitas concernientes á los tomines los busqué muy buenos, pues en el poco tiempo que os he dicho, comimos yo, Andrés y la *macha* muy bien: nos remendamos, y llegué á tener juntos como doscientos pesos, libras de polvo y paja.

La gravedad y entono con que yo me manifestaba al público, los términos exóticos y pedantes de que usaba, lo caro que vendia mis drogas, el misterio con que ocultaba sus nombres, lo mucho que adulaba á los que tenían proporciones, lo caro que vendia mis respuestas á los pobres y las buenas ausencias que me hacia Andrés, contribuyeron á dilatar la fama de mi buen nombre entre los mas.

A medida de lo que crecia mi crédito, se aumentaban mis monedas, y á proporcion de lo que estas aumentaban crecia mi orgullo, mi interes y mi soberbia. A los pobres que, porque no tenían con que pagarme, iban á mi casa, los trataba ásperamente, los regañaba y los despachaba desconsolados. A los que me pagaban dos reales por una visita, los trataba casi del mismo modo, porque mas duraria un cohete ardiendo, que lo que yo duraba en sus casas. Es verdad que aunque me hubiera dilatado una hora, no por eso quedarian mejor curados, puesto que yo no era sino un charlatan con apariencias de médico; pero como el infeliz paciente no sabe cuanta es la suficiencia del médico ó del que juzga por tal, se consuela cuando observa que se dilata en preguntar la causa de su mal y en indagar así por sus oídos como por sus ojos, su edad, su estado, su ejercicio, su constitucion y otras cosas que á los médicos como yo parecen menudencias, y no son sino noticias muy interesantes para los verdaderos facultativos.

No lo hacia yo así con los ricos y sujetos distinguidos, pues hasta se enfadaban con mis dilaciones y con las monerías que usaba,

por afectar que me interesaba demasiado en su salud; pero ¿qué otra cosa debía hacer cuando no había aprendido otra cosa de mi famoso maestro el Dr. Purgante.

Sin embargo de mi ignorancia, algunos enfermos sanaban por accidente, aunque eran mas sin comparacion los que morian por mis mortales remedios. Con todo esto, no se minoraba mi crédito por tres razones: la primera, porque los mas que morian eran pobres, y en estos no es notable ni la vida ni la muerte: la segunda, porque ya habia criado fama, y así me echaba á dormir sin cuidado, aunque matara mas tultecos que sarracenos el Cid; y la tercera, y que mas favorece á los médicos, era porque los que sanaban ponderaban mi habilidad, y los que morian no podian quejarse de mi ignorancia: con lo que yo lograba que mis aciertos fueran públicos y mis erradas las cubriera la tierra: bien que si me sucede lo que á Andrés, seguramente se acaba mi bonanza antes de tiempo.

Fué el caso: que desde ántes que llegáramos á Tula, ya el cura el subdelegado y demás personas de la plana mayor, habian encargado á sus amigos que les enviaran un barbero de México. Luego que experimentaron la áspera mano de Andrés, insistieron en su encargo con tanto empeño, que no tardó mucho en llegar el maestro Apolinario, que en efecto estaba examinado y era instruido en su facultad.

Andrés, luego que lo conoció y lo vió trabajar, le tuvo miedo, y con algun juicio y viveza, un día lo fué á ver y le contó su aventura lisa y llanamente, diciéndole que él no era sino aprendiz de barbero: que no sabia nada: que lo que hacia en aquel pueblo era por necesidad: que él deseaba aprender bien el oficio, y que si se lo queria enseñar se lo agradecería y le serviría en lo que pudiera.

Esta súplica la acompañó con el estuche que le habia yo comprado, con el que se dió por muy granjeado el maestro Apolinario, y desde luego le ofreció á Andrés tenerlo en su casa, mantenerlo y enseñarle el oficio con eficacia y lo mas presto que pudiera.

A seguida le preguntó ¿que tal médico era yo? á lo que Andrés le respondió: que á él le parecia que muy bueno, y que me habia visto hacer unas curaciones prodigiosas.

Con esto se despidió del barbero para ir á hacer la misma diligencia conmigo, pues me dijo todo lo que habia pasado y su resolucion de aprender bien el oficio, porque al cabo, señor, yo conozco que soy un bruto: este otro es maestro de veras, y así ó la gente me quita de barbero, no ocupándome, ó me quita él pidiéndome la carta de exámen; y de cualquier manera, yo me quedo sin crédito, sin oficio y sin que comer; así, he pensado irme con él, á bien que ya su merced tiene mozo.

Algo estrañaba yo á Andrés; pero no quise quitarle de la cabeza su buen propósito; y así pagándole su salario y gratificándolo con seis pesos, lo dejé ir.

En esos dias me llamaron de casa de un viejo reumático, á quien le dí segun mi sistema, seis ó siete purgas, le estafé veinticinco pesos y lo dejé peor de lo que estaba.

Lo mismo hice con otra vieja hidrópica, á la que abrevié sus dias con seis onzas de ruibarbo y maná, y dos libras de cebolla albarrana.

De estas gracias hacia yo muy á menudo; pero el vulgo ciego habia dado en que yo era buen médico, y por más gritos que les daban las campanas no despertaban de su adormecimiento.

Llegó por fin el dia aplazado por el subdelegado para oirme disputar con el cura, y fué el 25 de Agosto, pues con ocasion de haber ido yo a darle los dias por ser el de su santo, me detuvo á comer con mil instancias, las que no pude desairar.

Bien advertí que toda la corte estaba en su casa, sin faltar el padre cura; pero no me dí por entendido de que sabia lo que hablaba de mí, satisfecho en que, por mucho que él supiera, no habia de tener de medicina las noticias que yo.

Con este necio orgullo me senté á la mesa luego que fué hora, y comí y brindé á la salud del caballero subdelegado en compañía de aquellos señores repetidas veces, haciendo reir á todos con mis pedanterías, ménos al cura que se tostaba de estas cosas.

El subdelegado estaba bien quisto; con esto la mesa estaba llena de los principales sujetos del pueblo con sus señoras. La prevencion era franca, los platos muchos y bien sazonados. Se menudeaban los brindis y los vivas: los vasos no estaban muy seguros por los frecuentes coscorriones que llevaban con los tenedores y cuchillos, y las cabezas se iban llenando del tufo de las uvas.

A este tiempo fué entrando el gobernador de indios con sus oficiales de república, prevenidos de tambor, chirimias, y de dos indios cargados con gallinas, cerdos y dos carneritos.

Luego que entraron hicieron sus acostumbradas reverencias besando á todos las manos, y el gobernador le dijo al subdelegado: señor mayor, que los pase su mercé muy felices en compañía de estos señores, para amparo de este pueblo.

Inmediatamente le dió el xóchil, que es un ramillete de flores, en señal de su respeto, y un papel mal picado y pintado, con un al parecer verso.

Todo el congreso se alborotó, y se trató de que se leyera públicamente. Uno de los padres vicarios se prestó á ello, y guardando todos un perfecto silencio, comenzó á leer el siguiente

### SUÑETO.

Los probes hijos del pueblo  
Con prósperas alegrías,  
Te lo venimos á dar los días,  
Con carneros y cochinos.

Recibalosté placenteros  
Con interes to mercé  
Como señor josticiero,  
Perdonando nuestro afeuto  
Las faltas de este suñeto  
Porque los vivas mil años  
Y despues su gloria eternamente.

Todos celebraron el *suñeto*, repitiendo los vivas al subdelegado, y los repiques en los platos y vasos, mezclados con empinar la copa, unos mas, otros menos, segun su inclinacion.

El señor cura llenó un vasito y se lo dió al gobernador, diciéndole: toma hijo, á la salud del señor subdelegado; quien mandó que en la pieza inmediata se diese de comer al señor gobernador y á la república.

Tomó este su vasito de vino: se repitió el brindis y algazara en la mesa, aumentando el alboroto el desagradable ruido del tambor y chirimias que ya nos quebraba la cabeza, hasta que quiso Dios que llamaran á comer á aquella familia.

Luego que se retiraron los indios comenzaron todos á celebrar el *suñeto* que andaba de mano en mano; pero con disimulo, porque no advirtieran los interesados.

Con este motivo fué rodando la conversacion de discurso en discurso, hasta tocarse sobre el origen de la poesía, asunto que una señorita nada lerda pidió á un vicario, que tenia fama de poeta, que lo explicara, y éste, sin hacerse del rogar dijo: señorita, lo que yo sé en el particular es, que la poesía es antiquísima en el mundo. Algunos fijan su origen en Adan, añadiendo que *Juvál*, hijo de Lamech, fué el padre de los poetas, fundando su opinion en un texto de la Escritura, que dice: que *Juvál fué el padre de los que cantaban con el órgano y la cítara*, porque los antiguos bien conocie-

ron que eran hermanas la música y la poesía, y tanto, que hubo quien escribiera que Osiris, rey de Egipto, era tan aficionado á la música que llevaba en su ejército muchas cantoras, entre las que sobresalieron nueve, á quienes los griegos llamaron *musas* por antonomasia.

Lo cierto es, que por la historia más antigua del mundo, que es la de Moisés, sabemos que los hebreos poseyeron este arte divino ántes que ninguna nacion. Despues del diluvio renació entre los egipcios, caldeos y griegos. De éstos, los últimos la cultivaron con mucho empeño, y fué propagándose por todas las naciones segun su génio, clima ó aplicacion. De manera que no tenemos noticia que haya habido en el mundo ninguna, por bárbara que haya sido, que no haya tenido no solo conocimientos del arte poética, sino á veces poetas excelentes. En tiempo del paganismo de esta América conocieron los indios este arte sublime y el de la música: tenían sus danzas ó mitotes, en las que cantaban sus poemas á sus dioses, y aún hubo entre ellos tan elegantes poetas, que uno sentenciado á muerte compuso la víspera del sacrificio un poema tan tierno y tan patético, que cantado por él mismo fué bastante á enternecer al juez que lo escuchaba y á obligarlo á revocar la sentencia: que vale tanto como decir que era tan buen poeta, que con sus versos se redimió de la muerte y se prolongó la vida. Este caso nos lo refiere el caballero Boturini en su *Idea de la historia de las Indias*.

Es cierto que aunque no hasta el punto de enternecer á un tirano, lo que es mucho; pero es cosa muy antigua y sabida lo que influye la poesía en el corazon humano, y más acompañada de la música. Por eso para confirmación de esta verdad, se cuenta en la fábula que Orfeo venció y amansó leones, tigres y otras fieras, y que Anfion reedificó los muros de Tebas, ambos con el canto, la cítara y la lira, para significar que era tan soberano el poder de la música

y la poesía, que ellas solas bastaron para reducir á la vida civil hombres salvages, feroces y casi brutos.

A fé que no hará otro tanto, dijo el subdelegado, el autor de nuestro *suñeto*, aunque se acompañara para cantarlo con la dulce música del tambor ó chirimia. Rióse la facetada del subdelegado, y este, queriendo oírme disparar por ver enojado al cura, me dijo: ¿qué dice vd. señor doctor, de estas cosas?

Yo queria quedar bien y dar mi voto en todo, aun en lo que no entendia, habiéndoseme olvidado las lecciones que el otro buen vicario me dió en la hacienda; pero no sabia palabra de cuanto se acababa de hablar. Sin embargo, venció mi vanidad á mi propio conocimiento, y con mi acostumbrado orgullo y pedantería dije: no hay duda en que se ha hablado muy bien; pero la poesía es mas antigua de lo que el señor vicario ha dicho, pues á lo más que la ha hecho subir es hasta Adan, y yo creo que ántes que hubiera Adan ya habia poetas.

Escandalizáronse todos con este desatino, y más que todos el cura, que me dijo: ¿cómo podia haber poetas sin haber hombres? Sí señor, le respondí muy sereno; pues ántes que hubiera hombres hubo ángeles, y éstos luego que fueron criados entonaron himnos de alabanzas al Criador, y claro está que si cantaron fué en verso, porque en prosa no es comun cantar; y si cantaron versos, ellos los compusieron, y si los compusieron los sabian componer, y si los sabian componer eran poetas. Conque vean vdes. si la poesía es mas antigua que Adan.

El cura al oír esto no mas meneó la cabeza y no me replicó una palabra: de los demás, unos se sonrieron y otros admiraron mi argumento, y más cuando el subdelegado prosiguió diciendo: no hay duda, no hay duda: el doctorcito nos ha convencido y nos ha enseñado un retazo de erudicion admirable y jamás oído. ¡Vean vdes. cuánto se han calentado la cabeza los anticuarios por indagar el

origen de la poesía, fijándolo unos en Juvál, otros en Débora, otros en Moisés, otros en los Caldeos, otros en los Egipcios, en los Griegos otros, y todos permaneciendo tenaces en sus sistemas, sin poder convenirse en una cosa; y el Dr. D. Pedro nos ha sacado de esta confusa Babilonia, tirando la barra mas allá de los mejores anticuarios é historiadores, y ensalzándola sobre las nubes, pues la hace ascender hasta los ángeles! Vaya, señores, brindemos esta vez á la salud de nuestro doctorcito. Diciendo esto tomó la copa y todos hicieron lo mismo, repitiendo á su imitacion: viva el médico erudito.

Ya se deja entender que en este brándis no faltó e palmoteo nil el acostumbrado repique de los vasos, platos y tenedores. Más ¿quién creerá, hijos míos, que fuera yo tan nécio y tan bárbaro que no advirtiera que toda aquella bulla no era sino el eco adulador de la irónica mofa del subdelegado? Pues así fué. Yo bebí mi copa de vino muy satisfecho..... ¿qué digo? muy hueco, pensando que aquello era no una solemne burla de mi ignorancia, sino un elogio digno de mi mérito.

¿Y qué, pensais hijos míos, que solo vuestro padre, en una edad que aún frisaba con la de muchacho, se pagaba de su opinion tan caprichosamente? ¿Creis que solo yo y solo entónce perdonaba la mofa de los sabios suponiéndola alabanza á merced de la propia ignorancia y fanatismo? Pues no, pedazos míos, en todos tiempos y en todas edades ha habido hombres tan nécios y presumidos como yo, que pagados de sí mismos han pensado que solo ellos saben, que solo ellos aciertan, y que los arcanos de la sabiduría solamente á ellos se les descubren. ¡Ay! No sé si cuando leais mi vida con reflexion se habrá acabado esta plaga de tontos en el mundo; pero si por desgracia durare, os advierto que observeis con cuidado estas lecciones: *hombre caprichoso, ni sabio ni bueno: hombre dócil, pronto á ser bueno y á ser sabio: hombre hablador y vano, nunca*

*sabio: hombre callado y humilde que sujete su opinion á la de los que saben mas, es bueno de positivo, esto es, es hombre de buen corazón, y está con bella disposicion para ser sabio algun dia. Cuidado con mis digresiones, que quizá son las que más os importan.*

El subdelegado, viendo mi serenidad, prosiguió diciendo: doctorcito, segun la opinion de vd. y la del padre vicario, la poesía es una ciencia ó arte divino; pues habiendo sido infusa á los ángeles ó á los hombres, porque los primeros ni los segundos no tuvieron de quien imitarla, claro es que solo el Autor de lo criado pudo infundirla; y en este caso díganos vd. ¿por qué en unas naciones son mas comunes los poetas que en otras, siendo todas hijas de Adán? Porque no hay remedio, entre los italianos si no abundan los mejores poetas, á lo ménos abundan los más fáciles, como son los improvisadores; gente prontísima que versifica de repente y acaso multitud de versos.

Víme atacado con esta pregunta, pues yo no sabia disolver la dificultad, y así, huyéndole el cuerpo respondí: señor subdelegado, no entro en el argumento porque la verdad no creo que haya habido ni pueda haber semejantes poetas repentinos ó improvisadores, como vd. les llama. Por tanto, seria menester convencerme de su realidad para que entráramos en disputa, pues *prius est esse quam taliter esse*: primero es que exista la cosa, y despues que exista de este ó del otro modo.

Pues en que ha habido poetas improvisadores, especialmente en Italia, no cabe duda, dijo el cura: y aún yo me admiro cómo una cosa tan sabida pudo haberse escondido á la erudicion del señor doctor. Esta facilidad de versificar de repente es bien antigua. Ovidio la confiesa de sí mismo, pues llega á decir que cualquier cosa que hablaba la decia en verso, esto al mismo tiempo que procuraba no hacerlos (1). Yo he leído lo que dice Paulo Jovio del

(1) Scribere conavar verba, soluta modis,  
Sponte sua carmen numeros veniebat ad aptos.

poeta Camilo Cuerno, célebre improvisador, que disfrutó por esta habilidad bastantes satisfacciones con el Papa Leon X. Este poeta estaba en pié junto á una ventana diciendo versos repentinos mientras comia el Pontífice, y era tanto lo que este se agradaba de la prontitud de su vena, que él mismo le alargaba los platos de que comia, haciéndole beber de su mismo vino, solo con la condicion de que habia de decir dos versos lo ménos sobre cada asunto que se le propusiera. De un niño que apénas sabia escribir nos refiere el P. Calasanz en su *Discernimiento de ingenios*, que trovaba cualquier pié que le daban de repente, y à veces con tal agudeza que pasmaba á los adultos sabios.

De estos ejemplos de poetas improvisadores pudieran citarse varios; pero ¿para qué nos hemos de cansar cuando todo el mundo sabe que en este mismo reino floreció uno á quien se conoció por el *negrito poeta*, y de quien los viejos nos refieren prontitudes admirables?

Cuéntenos vd. señor cura, dijo una niña, algunos versos del negrito poeta. Se le atribuyen muchos, dijo el cura: en todo tiene lugar la ficcion; pero por darle á vd. gusto referiré dos ó tres de los que sé que son ciertamente suyos, según me ha contado un viejo de México. Oigan vdes.

Entró una vez nuestro negro en una botica, donde estaba un boticario ó médico hablando con un cura acerca de los cabellos, y á tiempo que entró el negro decia: *los cabellos penden de.....* El cura que conocia al poeta, por excitar su habilidad le dijo: negrito, tienes un peso como troves esto que acaba de decir el señor, á saber: *los cabellos penden de.* El negrito con su acostumbrada prontitud dijo:

Ya ese peso lo gané  
Si mi saber no se esconde;  
Quítese usted, no sea que  
Una viga caiga, y donde  
*Los cabellos penden, dé.*

Esto fué público en México. Se le dió el mismo pié para que lo trovara á la madre Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa gerónima, célebre ingenio y famosa poetisa en su tiempo, que mereció el epíteto de la décima Musa de Apolo; pero la dicha religiosa no pudo trovarlo, y se disculpó muy bien en unas redondillas, y elogió la facilidad de nuestro poeta (1).

En otra ocasion pasando cerca de él un escribano con un alguacil, se le cayó al primero un papel: lo alzó el segundo, y le preguntó el escribano ¿qué era? El alguacil respondió que un testimonio, y el negro prontamente dijo:

¿No son artes del demonio

Levantar cosa tan vil?

Pero cuando un alguacil

No levanta un testimonio?

Otra ocasion entró á una casa donde estaba sobre una mesa, una imágen de la Concepcion..... Vayan vds. teniendo cuidado que

[1] Por no ser muy comunes las obras de Sor Juana, se pone aquí su contestacion, que está en el tomo 2.<sup>o</sup> de sus obras.—E.

Señora, aquel primer pié

Es nota de posesivo,

Y es inglosable; porque

Al caso de genitivo

Nunca se pospone el *de.*

“Y así el que aquesta quinti-

“Lla hizo y quedó tan nfa-

“no, pues tiene buena ma-

“no, glose esta redondi-

“lla” —no el sentido no topo,

Y no hay falta en el primor,

Porque es pedir á un pintor

Que copie con hisopo.

Cualquier facultad enseña,

Si es el medio desconforme;

Pues no hay músico que forme

Harmonia en una peña.

Perdonad, si fuera del

Asunto ya desvarío

Porque no quede vacío

Este campo de papel.

cosas tan disímbolas habia. Una imagen de la Concepcion, un cuadro de la Santísima Trinidad, otro de Moisés mirando arder la zarza, unos zapatos y unas cucharas de plata. Pues señores, el dueño de la casa, dudando de la facilidad del negro, le dijo, que como todas aquellas cosas las acomodara en una estrofa de cuatro piés, le daria las cucharas. No fué menester más para que el negro dijera:

Moisés para ver á Dios  
Se quitó las antiparras;  
Virgen de la Concepcion,  
Que me den estas cucharas.

Ningun concepto ni agudeza se advierte en este verso; pero la facilidad de acomodar en él tantas cosas inconexas entre sí y con algun sentido, no es indigna de alabanza.

Por último, la hora de la muerte sabemos que no es hora de chanzas; pues en la de nuestro poeta, manifestó éste lo genial que le era hacer versos, porque estando auxiliándolo un religioso agustino, le dijo:

Ahora sí tengo por cierto,  
Que la muerte viene al trote:  
Pues siempre vá el *zopilote*  
En pos del caballo muerto.

Hemos de advertir que este pobre negro era un vulgarísimo sin gota de estudio y erudicion. He oido asegurar que ni leer sabia. Con que si en medio de las tinieblas de tanta ignorancia prorumpia en semejantes y prontas agudezas en verso, ¿qué hubiera hecho si hubiera logrado la instruccion de los sábios, como por ejemplo la del señor doctor que está presente?

Buena sea la vida de vd., señor cura, le respondí. En esto se

acabó la comida y se levantaron los manteles, quedándonos todos platicando sobre mesa, sin dar gracias á Dios, porque ya en aquella época comenzaba á no usarse; pero el subdelegado á quien se le quemaban las habas por vernos enredar a mí y al cura en la cuestion de medicina, me dijo: ciertamente, que yo deseaba oír hablar á vd. y al señor cura sobre la facultad médica; porque la verdad nuestro párroco es opuestísimo á los médicos.

No debe serlo, dije yo medio alterado; porque el señor cura debe saber que Dios dice: que él crió la medicina de la tierra, y que el varon prudente no debe aborrecerla. *Domínus creavit de terra medicinam, et vir prudens non aborrebit eam.* Dice tambien: que se honre al médico por necesidad. *Honora medicum propter necessitatem.* Dice..... Basta, dijo el cura: no nos amontone vd. textos que yo entiendo. Catorce versículos trae el capítulo 38 del Eclesiástico en favor de los médicos; pero el décimoquinto dice: *que el delinquiere en la presencia del Dios que lo crió, caerá en las manos del médico.* Esta maldicion no hace mucho honor á los médicos, ó á lo ménos á los médicos malos.

Muy bien sé que la medicina es un arte muy difícil: sé que el aprenderla es muy largo: que la vida del hombre aun no basta: que sus juicios son muy falibles y dificultosos: que sus experimentos se ejercitan en la respetable vida de un hombre: que no basta que el médico haga lo que está de su parte, si no ayudan las circunstancias, los asistentes y el enfermo mismo en cuanto les toca: sé que ésto no lo digo yo sino el príncipe de la medicina, aquel sábio de la isla de Coo, aquel griego Hipócrates, aquel hombre grande y sensible, cuya memoria no perecerá hasta que no haya hombres sobre la tierra: aquel filántropo que vivió cerca de cien años y casi todos ellos los empleó en asistir á los míseros mortales: en indagar los vicios de la naturaleza enferma: en solicitar las causas de las enfermedades y la eficacia y la eleccion de los remedios, y en aplicar

su especulación y su práctica al objeto que se propuso que fué procurar el alivio de sus semejantes. Sé todo esto, y sé que ántes de él los míseros pacientes destituidos de todo auxilio se exponían á las puertas del templo de Diana en Efeso, y allí iban todos, los veían, se compadecían de ellos y les mandaban lo que se les ponía en la cabeza. Sé que los remedios que probaban para tal ó tal enfermedad se escribían en una tablas que se llamaban *de las medicinas*: sé que el citado Hipócrates despues de haber cursado las escuelas de Atenas treinta y cinco años, desde la edad de catorce, y despues de haber aprendido lo que sus médicos enseñaban, no se contentó, sino que anduvo peregrinando de reino en reino, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, hasta que encontró estas tablas, y con ellas y con sus repetidas observaciones, hizo sus célebres aforismos: sé que despues de esto descubrimientos se hizo la medicina un estudio de interés y de venalidad, y no como ántes que se hacia por amistad del género humano.

Todo esto sé y mucho más que no refiero por no cansar á los que me oyen; pero tambien sé que ya en el día no se escudriña el talento necesario que se requiere para ser médico, sino que el que quiere se mete á serlo aunque no tenga las circunstancias precisas: sé que en cumpliendo los cursos prescritos por la Universidad, aunque no hayan aprovechado las lecciones de los catedráticos, y en cumpliendo el tiempo de la práctica, ganando tal vez una certificación injusta del maestro, se reciben á exámen, y como tengan los examinadores á su favor, ó la fortuna de responder con tino á las preguntas que les hagan, aún en el caso de procederse con toda legalidad, como lo debemos suponer en tales actos, se les da su carta de exámen, y con ella la licencia de matar á todo el mundo impunemente.

Esto sé, y sé tambien que muchos médicos no son como deben ser, esto es, no estudian con tezon, no practican con eficacia, no

observan con escrupulosidad, como debieran, la naturaleza: se olvidan de que la academia del médico y su mejor biblioteca está en la cama del enfermo más bien que en los dorados estantes, en los muchos libros y en el demasiado lujo; y mucho ménos en la ridicula pedantería con que ensartan textos, autoridades y latines delante de los que no los entienden.

Sé que el buen médico debe ser buen físico, buen químico, buen botánico y anatómico; y no que yo veo que hay infinidad de médicos en el mundo que ignoran cómo se hace y qué cosa es, por ejemplo, el sulfato de sosa, y lo ordenan como específico en algunas enfermedades en que precisamente es pernicioso: que ignoran cuáles son y cómo las partes del cuerpo humano, la virtud ó veneno de muchos simples, y el modo con que se descomponen ó simplifican muchas cosas.

Sé tambien que no puede ser buen médico el que no sea hombre de bien, quiero decir, el que no está penetrado de los más vivos sentimientos de humanidad ó de amor á sus semejantes; porque un médico que vaya á curar únicamente por interés del peso ó la peseta, y no con amor ó caridad del pobre enfermo, seguramente éste debe tener poca confianza: y lo cierto es que por lo comun así sucede.

Los médicos cuando se examinan juran asistir por caridad, de balde y con eficacia á los pobres: ¿y qué vemos? Que cuando éstos van á sus casas á consultarles sobre sus enfermedades sin darles nada, son tratados á poco mas ó ménos; pero si son los enfermos ricos y mandan llamar á su casa á los médicos, entónces éstos van á visitarlos con prontitud, los curan con cuidado, y á veces este cuidado suele ser con tal atropellamiento (si no hay implicacion en estas palabras), que con él mismo matan á los enfermos.

Aquí hizo el señor cura una breve pausa sacando la caja de polvos, y luego que se hubo habilitado las narices de rapé, continuó diciendo lo que vereis en el capítulo siguiente.